

EL CONTEMPORANEO.



Edición de Provincias.

MADRID.—13 rs. al mes en la Redacción, Administración y demás oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado) núm. 20, entresuelo. También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 41; Cuesta calle de Cárpetas, número 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de S. Jerónimo, y en todas las demás principales librerías de esta corte.

Madrid.—Jueves 24 de Julio de 1862.

PROVINCIAS.—15 rs. al mes y 45 al trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración, por una persona, o enviarlo directamente en letra, libranza o sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y principales librerías, ó girando esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Estranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Núm. 479.

MADRID.

23 DE JULIO.
Ya vienen tocando á gloria las campañas ministeriales, porque, según dicen, está resuelta la cuestión de la embajada de París.

El general Concha acepta el encargo del gobierno, y saldrá para Francia dentro de breves días.

¿Quién queda peor en este asunto, el general Concha, el general Prim o el gabinete?
Y sin embargo, dice La Correspondencia, que esta solución concilia todos los extremos.

Los extremos son los siguientes:
En un lado está el general Concha, creyendo que la conducta del plenipotenciario y jefe del ejército español en Méjico no fué la que debió ser.

En otro está el general Prim, sosteniendo que la retirada de las tropas españolas fué lo mejor que podía hacerse.

¿Cómo se concilian estos dos extremos, por más soluciones que la habilidad ministerial proponga?

Pero entre ambos extremos está el gabinete, que no es extremo, ni medio, ni nada, más que una veleta que gira á cualquier lado, según el aire que corre.

Cuando se ve al gobierno aprobar la conducta seguida por el jefe de la expedición en Méjico, y que renuncia la embajada de París el Sr. Mon, puede comprenderse esta actitud en la siguiente fórmula: «Sople el general Prim, y la veleta se vuelve hacia el Mediodía.»

Cuando se observa que el gobierno, á pesar de sus anteriores manifestaciones, nombra para embajador en Francia á un personaje que censura y reproba la conducta seguida en Méjico, puede trocarse aquella fórmula por esta: «Sople el marqués de la Habana, y la veleta gira hacia el Norte.»

Pero para seguir el impulso de uno de los dos personajes, es necesario volverle la espalda al otro, y en este caso hay que confesar que el gabinete se la vuelve al marqués de los Castillejos.

Resulta, pues, que la solución conciliadora es la siguiente:

El gobierno, que aprobó todo lo hecho por el general Prim, hoy lo reprueba. El general Concha, que piensa todo lo contrario que el general Prim, por cuya razón no pudieran ponerse de acuerdo en la entrevista celebrada, va á París. Sin embargo, el general Prim, el general Concha y el gobierno, se quedarán tan amigos.

Al que describe este enigma, le regalamos la felicidad de la patria producida por hombres políticos que aceptan semejantes soluciones.

El asunto, á pesar de su sencillez, no puede ser más claro. Bárajese como se quiera la actitud de las tres entidades que juegan en el negocio, y ó mucho han de variar las cosas, ó ninguna de las tres saldrá ganando.

No es eso lo peor, sino que el general Concha piensa lo mismo que el Sr. Mon, y sin embargo, el Sr. Mon cree que no puede volver á Francia, y el Sr. Concha cree que puede ir sin ningún obstáculo.

Pero ahora caemos en que el obstáculo era la conducta seguida por el general Prim en Méjico, y desde el instante en que el gabinete reprueba esa conducta, el obstáculo habrá desaparecido, á costa de una inconsecuencia más del gobierno.

Y el general Prim, reprueba, ó, en el mero hecho de aceptar la embajada quien piensa de un modo enteramente contrario al suyo, ¿seguirá como si tal cosa dando su apoyo á la situación?

Los ministeriales dicen que sí, pero ahora nos falta averiguar qué es lo que dice el tiempo.

Entre tanto, y mientras que aquí pasamos los días arreglando soluciones conciliadoras para que no se nos vaya ningún miembro del vicarismo, los demás países piensan en la situación de Europa, y acuerdan lo más conveniente á su interés y á su decoro.

Hoy ya nos trae el correo la noticia del reconocimiento del reino de Italia por la Prusia; de modo que Austria y España son las dos únicas naciones que no han imitado aun esa conducta.

El gabinete español de seguro no habrá tenido tiempo para ocuparse del negocio, porque como le traen mareado las cuestiones de personas, casi es un abuso el llamarle la atención sobre los intereses de la patria.

Cuando el general Concha se vaya á Francia, y el conde de Reus prometa continuar su apoyo, y el general Dulce salga para Cuba, y el duque de la Torre vuelva tan ministerial como se fué, y todos los vicaristas estén contentos, entonces se á hora de ocuparse del país.

NUESTRA SITUACION EN EL EXTERIOR.

Siempre ha sido la señal más clara del poder de las naciones la influencia que han ejercido en las otras, y el respeto y consideración que por su fuerza militar, por su industria y por su grado de cultura han sabido granjearse en el mundo.

Aun no estaba constituida la nación española y todavía hallaba dividido su territorio entre diversas naciones, no solo independientes y rivales, sino con deplorable frecuencia enemigas, y ya vemos que las tres monarquías más poderosas que existían en España pesaban con grandísima influencia en los destinos del mundo. Aragón llevaba su poder, sus reyes y sus instituciones á Italia y á Oriente; Portugal exploraba las costas del África y se establecía en Asia, y Castilla, á pesar de su posición poco favorable, hacía sentir su poder á la Francia y á la Inglaterra, al mismo tiempo que arrollaba delante de sus victoriosos pendones los restos de la morisca que aun se enseñoreaban de regiones feraces y muy importantes de la Península.

Mas tarde, cuando en virtud del feliz enlace de los católicos reyes D. Fernando y doña Isabel, se reunieron en las sienes de su nieto todas las coronas de España menos una, y el hijo del gran emperador se enseñoreó de Portugal, haciendo de todas las monarquías de la Península un solo y poderosísimo Estado, el nombre español agitaba sin cesar los ecos de todas las montañas, y nuestra bandera se desplegaba victoriosa en todas partes. Aquella fué la época de nuestro poder y de nuestra grandeza: en Alemania, en Italia, en Francia, en todas partes, no dominaba mas que un pensamiento, y este pensamiento se elaboraba en el suntuoso monasterio del Escorial ó en el alcázar de Madrid.

No es nuestro ánimo hacer aquí el panegirico ni el vejamen de Felipe II y de su política; esta es misión de la historia, y tarea demasiado ardua para que ni siquiera la acometamos; solo nos cumple asentar, ¡qui que, como consecuencia inmediata y necesaria del poder y de la grandeza de este príncipe, se seguía su grandísimo influjo, su casi omnipotencia en todos los negocios de Europa.

Por motivos que no es del caso referir, pero que todos procedían de una desacertada política, aquella grandeza y aquel poder decayeron rápidamente, hasta el punto de que hubiéramos sido juguete de los estranjeros, á principios de este siglo, si no se hubiese opuesto á semejante baldon, no el gobierno, no el monarca, no el mundo oficial, sino la dignidad del pueblo español, que dió una gran muestra de sí levantándose como un solo hombre para protestar contra la abyección en que se le tenía sumido, reconquistando su independencia, y dando á entender que teníamos el derecho de formar una nación libre.

Una serie de traiciones y de desgracias impidió el desarrollo de los fecundos gérmenes que la gloriosa revolución de 1808 había depositado en el suelo de la patria. Parecía que la terminación de la guerra de los siete años, en que triunfaron las ideas liberales y el trono de la Reina, había de señalar una nueva era de prosperidad y engrandecimiento: las parcialidades que en otras formas de gobierno son causa de revueltas y de perturbaciones esteriles, organizadas en partidos políticos, han sido, en efecto, origen de fecundas innovaciones y de un movimiento social, que era sintoma de que la vida palpitaba con actividad y energía en las entrañas y en los miembros de la nación; y si alguna vez estas manifestaciones salieron de sus límites ordinarios y de sus leyes, causando deplorables trastornos, debese á causas que todos conocemos, y que existiendo todavía, es necesario que empleen sus fuerzas en combatirlos, á fin de que los que sientan arder en su pecho el amor á la patria.

Con las reformas políticas realizadas en el interior, se aumentaba nuestra industria, crecía la población, se desarrollaba el comercio, y como natural consecuencia de este desenvolvimiento, comenzaba á hacerse sentir nuestro influjo en el exterior, y si todavía no podíamos imponer nuestras opiniones en la resolución de los grandes asuntos políticos que afectan á toda Europa, si no tomábamos parte en los Congresos en que se decidía la suerte del mundo, no se nos podía mirar como extranjeros, éramos respetados por las mayores potencias, y alguna vez dimos evidentes señales de nuestra nunca desmentida alivencia.

Parecía natural que, bastando solo el tiempo para que aumentase nuestro influjo en el exterior, llegase el momento en que España recuperase el puesto que le toca entre las grandes naciones del mundo: no ha sucedido así, ¡sin embargo! la desastrosa política de nuestros actuales gobernantes ha hecho caer á España, en cuanto á las relaciones internacionales, mas abajo de lo que ha estado en las épocas de mayor prostración. Al empezarse una guerra, que debió ser la señal y la prenda que dábamos al mundo de nuestro nuevo poder, una ignominiosa negociación diplomática nos puso á los pies de Inglaterra. No se tardó mucho en que á esta humillación se siguiera, como precisa consecuencia, un nuevo ultraje, y en las Cámaras de la Gran Bretaña se nos calificó de haraposos.

Una política ciega y torpe ha hecho que (sin que nuestros vanos y ridiculos alardes hayan podido libertar de su ruina á los Borbones que ocupaban el trono de Nápoles, y en que las desoídas protestas del gobierno impidiesen la desmembración de los Estados del Padre Santo y la completa pérdida de los de un infante de nuestra dinastía) seamos mirados con odio por esa nueva nación, reconocida ya por toda Europa, y que será, desde luego, una de las que dirijan el movimiento de la civilización y dispongan de los destinos del mundo; y esta antipatía es tan mas grave, cuanto que España, por su raza, por sus recuerdos, por sus intereses y por su porvenir, es hermana y debe ser compañera inseparable de Italia.

Todo el mundo sabe el punto á que han venido á parar nuestras relaciones con Francia, y nadie ignora que el motivo de las actuales discordias consiste en la falta de prevision y en los desaciertos políticos de los que nos gobiernan.

Las demás naciones de Europa nos miran con una indiferencia cercana del desprecio, y hasta, con las infundadas alarmas y ridiculos temores que se han hecho valer estos días, se ha dado lugar á que los portugueses digan que *no quieren conquistarnos*. Pero, ¿cómo ha de estrañarse este ofensivo alarde que hemos provocado, cuando en las débiles repúblicas de América se burlan de nosotros? Ayer, sin ir mas lejos, hemos dado cuenta de los agravios que reciben en Venezuela los españoles, por causa de las muestras de debilidad que ha dado el gobierno, selladas con el oprobioso convenio de Santander. Despues de lo que ha pasado en Méjico, las noticias que circulan respecto al cambio de política que ha verificado el ministerio en esta cuestión, al odio que antes nos tenían en aquella república, sucederá el mas vergonzoso desprecio.

Tal es, en breves, aunque exactísimos rasgos, la situación en que se halla España respecto á las demás naciones del mundo; este aislamiento, hijo de los mas deplorables errores políticos, será causa inevitable de una decadencia inminente y precipitada. Nada son ni valen por sí solos; para to las las grandes empresas y hasta para el desarrollo de los gérmenes de prosperidad que existen en el seno de la patria, se necesita de la ayuda de las demás; el aislamiento es la muerte.

Causa pena el considerar que España, despues de haber sido un día la cabeza y el brazo de la civilización, se vea hoy convertida en un miembro inerte y paralitico de la humanidad. ¿Qué dirían si alzase la cabeza en sus sepulcros aquellos virtuosos monarcas que á fines del décimo quinto siglo y principios del siguiente, no solo echaron los fundamentos de nuestra grandeza, sino que consiguieron colocar á España en el apogeo de su gloria? ¿Qué diría el vencedor del Grial y de Cerinola, si viese el vergonzoso punto á que han traído sus actuales gobernantes á la nación que él supo ennoblecer con sus victorias, dándole un poderoso influjo en el exterior, cuando apenas se habían arrojado de su seno los últimos restos de los invasores que la habían trabajado con una guerra de ocho siglos?

No es posible, no, que la grande y poderosa nación española soporte la ignominia que le hacen sufrir sus malos gobernantes; la nación no es el gobierno, y la nación protesta contra los desaciertos de que es víctima. Tenemos fé en el porvenir de España; esperamos que sabrá dar muestra de las virtudes de sus hijos, triunfando de los obstáculos que ahora estorban su engrandecimiento, y á pesar del dolor que nos causa el ver la situación en que nos encontramos respecto á las demás naciones, creemos que en todas partes nos harán justicia, no haciendo á España responsable de los errores de los que en mal hora dirigen sus destinos.

Basta leer las misivas que envia Ruperto á La España para convencerse de que la muerte política del Sr. D. Saturnino está decretada en las altas regiones del vicarismo.

Los amigos de O'Donnell aseguran en todas partes que es cosa resuelta la salida del ministro de Estado, el cual irá de embajador á Roma.

FOLLETON DE EL CONTEMPORANEO.

LOS DRAMAS DE PARIS

EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

EPILOGO.

EL CASTILLO DE BELLOMBRE.

Yo habia ido á Westmorely, y me hallaba allí cuando llegó sir Rafael.

Recibíame efusivamente, y me dijo: «La opinión pública os designa como heredero de mi título; pero supongo que no me acusaréis de haber hecho desaparecer su testamento. Yo llevo de Francia, y vos estais en el castillo.»

«Está bien, le contesté con la misma frialdad: mañana marcharé.»

En efecto, mandé á mis criados que preparasen mi equipaje; y despues de haber cenado en mi aposento, me acosté, decidido á alejarme por la mañana en el Express de Edimburgo.

Hacia una hora que estaba acostado y empezaba á dormirme, cuando oí un ligero ruido que me hizo abrir los ojos.

Al mismo tiempo invadió mi alcoba una viva claridad sobrenatural, que no procedía de ninguna lámpara, ni de ninguna bugia.

Entonces se abrió una puerta silenciosamente, y entró un hombre. Al verle di un grito.

Era lord Galesy; ó por mejor decir, su fantasma. El muerto estaba muy pálido, iba envuelto en su sudario, y marchaba lentamente.

Llegóse á mí, erizándoseme los cabellos, y se sonrió mirándome carísimamente: luego me indicó que le siguiera, y una fuerza desconocida, misteriosa, me obligó á obedecerle.

Así, pues, me levanté y le seguí, sin otro traje que la camisa.

El muerto marchaba delante á dos pasos de distancia. De este modo me guió hasta la puerta de la alcoba que ocupaba sir Rafael; esta puerta, como las demás, se abrió silenciosamente.

Sir Rafael, que estaba dormido, se despertó de pronto, lleno de sobresalto, vió al fantasma, lanzó un grito terrible, se levantó y cayó de rodillas.

En seguida me indicó que le siguiese, y salimos de la alcoba, dejando en ella á sir Rafael, subyugado de terror.

La claridad sobrenatural, alumbraba siempre nuestros pasos.

El fantasma me hizo bajar al entresuelo del castillo, cruzamos el patio, y nos dirigimos á la capilla. El fantasma se detuvo sobre la losa que cubría el sepulcro donde habian sido enterrados sus restos mortales; me dió la mano en señal de despedida, apagóse la luz sobrenatural, y el fantasma desapareció con ella.

Salí de la capilla á tientas, y subí á mi alcoba; inmediatamente se apoderó de mí un sueño letárgico. Al amanecer me despertó la detonación de un arma de fuego.

Salté fuera de la cama, y oí en el castillo un gran tumulto.

Sir Rafael acababa de levantarse la tapa de los sesos, dejando una carta dirigida á mi nombre. Dentro de la carta encontré el testamento que le dictara el fantasma.

La carta contenía esta confesion: «He venido á Westmorely cierta noche, difrazado de buhonero. Díronme hospitalidad, y durante esa noche asesinó á mi tio de manera que no quedase huella alguna de mi crimen.»

Cuando lord Blakstone hubo terminado su relato, miró al marqués de Morfontaine.

Este se hallaba pálido como un cadáver, y bailaba sobre la silla como quien por vez primera monta á caballo.

«¿Como! ¿Os ha impresionado el relato, marqués? ¡Ah! exclamó M. de Morfontaine; contais maravillosamente las historias fantásticas, pero...»

«¿Como! ¿No me creéis? —Es difícil... —Mejor para vos! contestó lord Blakstone. ¡Bah! Alejemos tales recuerdos, porque estamos delante del mas radioso sol de noviembre, y porque hemos llegado al punto de reunion.»

En efecto, los caballos entraban en una plazuela en la cual desembocaban cinco calles de árboles. Era la plazuela del Duque.

Gontran y sus dos compañeros cambiaron una mirada rápida y significativa, indicando al marqués.

Este seguía pálido, y habia perdido la seguridad del ginec experimentado.

Si hubiera tenido valor para ello, habria hundido las espuelas en los hijares de su caballo, y huido á todo escape.

Pero le detuvo el buen parecer.

Comenzó la cacería: el javalí estaba emboscado en un pedazo de monte alto, y la trahilla le atacó furiosamente, obligándole á desalojarse.

La opinión emitida aquella mañana de que la cacería podría girar en los alrededores de Bellombre, no se confirmó.

El javalí tomó una línea recta que le conducía á Main-Hardie, y el marqués, arrebatado por la fogosa jaca que montaba, hizo cinco ó seis leguas al galope, sin darse cuenta de la situación.

El javalí era un solitario con jarretes de demonio, y que se hizo cazar por espacio de cinco horas: despues de medio día fué cuando empezó á hacer frente á los perros.

M. de Morfontaine tenia cerca de sesenta años, pero era muy vigoroso y escelente ginec. La furia francesa, que concluye siempre por hacerse duena del cazador mas frío, se apoderó de él. Así es que presencié el halali, sin acordarse de sus terribles alucinaciones de la noche, ni de la espantosa historia de lord Blakstone.

Solo cuando el animal fué abatido de una puñalada se serenó un tanto el marqués.

«¿Qué os parecen nuestros perros? le preguntó Gontran.

«Escelentes, barón.

«¿Y mi picador? —Muy hábil. Ha dado muerte al javalí con maravillosa destreza.

Los cazadores se habian apeado. Lord Blakstone sacó de sus pistolas una botella de ginebra y la hizo circular.

«¡Eh! ¡Señores! ¡A caballo! dijo Gontran. Estamos cinco leguas mas allá de Main-Hardie, y ya sabéis que solo se caza bien sentándose temprano á la mesa.

El nombre de Main-Hardie recordó á M. de Morfontaine todos sus terrores, pero supo dominarse; y como no encontró ningún pretexto plausible para rehúsar la invitación á comer que le hicieron sus huéspedes, volvió á montar á caballo suspirando.

La historia de lord Blakstone no se apartaba de su memoria.

Hizo el camino silencioso, absorto, y los caballeros del Cloro de Luna respetaron su preocupacion.

Tres horas despues descubrieron las torres de Main-Hardie, á través de los bosques.

El sol acababa de desaparecer; pero el crepúsculo hacia brillar sus vidrios de colores.

«Señor marqués, le dijo Gontran estendiendo una mano hacia el edificio; hemos restaurado en parte el castillo, es decir, hemos hecho habitable la mitad de él, pues lord Blakstone es un apasionado furioso de todo lo pintoresco, y ha querido que dejásemos la fachada meridional tal como se hallaba, esto es, acribillada de balazos.

«Ha hecho bien lord Blakstone, contestó el marqués. Main-Hardie sostuvo en 1832 un sitio memorable.

«Eso nos han dicho.

«Un sitio de que se hablará durante mucho tiempo en el país.

«¿Lo recordais vos?

«Yo me hallaba entonces con mi tio el general en Bellombre.

«¿No podríais entonces la vida M. de Main-Hardie? preguntó Gontran con admirable sencillez.

«No; dijo M. de Morfontaine: murió preso la víspera del día en que iba á ser ejecutado.

«Perdonad, señor marqués, el que no sepanos mejor la historia del último propietario de Main-Hardie; solo hace tres dias que hemos llegado, pues el administrador del barón fué el encargado de hacer la adquisicion y disponer las obras de reparacion del castillo.

«¡Ah! hizo M. de Morfontaine, respirando ruidosamente.

El marqués se hizo entonces esta reflexion: «Es evidente que estos jóvenes lo ignoran todo, y que nada tengo que temer de ellos.

En Main-Hardie no quedaba ninguno de los antiguos criados; pues todos los que el marqués vió en el patio habian llegado de París.

La mesa estaba preparada en el comedor principal del castillo, y los cazadores se sentaron á ella luego que se hubieron quitado las botas de montar. Eran entonces las seis de la tarde.

(Se continuará.)

«El reconocimiento de Italia por Prusia y por Rusia, es un hecho consumado; esta noticia fué comunicada a la Cámara de los diputados en la sesión de 18 de julio por el general Durando, ministro de Negocios extranjeros. Hemos dado conocimiento a nuestros lectores de las notas cambiadas con este motivo entre los gabinetes de Turin por una parte, y los de Berlín y de San Petersburgo por otra. Ya sabemos á que atenernos relativamente á las pretendidas condiciones impuestas por las cortes del Norte al gabinete italiano. Antes de reconocer la Italia, se dirigieron ambos gobiernos al de Turin, pidiéndole explicaciones sobre ciertos puntos que debían naturalmente preocuparles en su situación recíproca. Al dar estas explicaciones, el gabinete de Turin se ha encerrado estrictamente en el círculo de las obligaciones impuestas por el derecho de gentes á todo gobierno nuevo que aspira á ocupar un lugar entre los regulares. En lo concerniente á la situación actual de Italia, ha declarado que tenía la intención de no admitir en ella la tentativa que pudieran hacer las naciones extranjeras. Sobre las cuestiones de Roma y del Véneto, ha reproducido pura y simplemente las declaraciones que ya había hecho y las promesas contraídas en sus comunicaciones anteriores con las diversas cortes europeas, y principalmente en la nota circular de 20 de marzo último, dirigida por el presidente del gabinete á todos los agentes diplomáticos del reino. Si es esto lo que L'Union y la Gaceta de Francia llaman condiciones, sea en buen hora, no queremos discutir palabras. Las que únicamente nos preocupan son las seguridades dadas por el gabinete italiano, no son buenas; que en los puntos importantes están conformes con el espíritu y hasta con la letra del programa adoptado por Cavour y continuado por Ricasoli; que Ratazzi no ha renunciado, como no renunció Cavour á reivindicar á Roma como capital y á Venecia como parte integrante de Italia; por último, que las condiciones aceptadas por el gobierno, si es que se pueden llamar condiciones, no son concesiones humillantes y no hay nada en ellas que pueda herir la independencia y la altivez de la nación italiana, ni el honor y dignidad de su gobierno.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

Dice La Epoca:

«Podemos asegurar, de la manera mas terminante, y como respuesta categorica á insinuaciones que han hallado acogida en ciertos periódicos, y de que hasta se ha hecho uso en el telegrafo, que el gobierno de S. M., en la política que se ha propuesto seguir en la cuestión de Italia, y que está tan distante de una precipitación impolitica como de una obstinación que sería funesta, no ha encontrado obstáculo alguno en ninguna parte. Es preciso ya que todos los hombres sinceramente monárquicos y constitucionales protesten energicamente contra una conducta por parte de ciertos periódicos que solo tiende á comprometer los mas altos intereses y las mas elevadas instituciones de nuestra patria. Comprendemos muy bien que los que no han sido jamás amigos de la libertad ni de los fueros del Parlamento no puedan serlo ahora de las bases en que descansa el regimen constitucional.»

«No estamos seguros de haber interpretado el párrafo anterior, que parece ya dirigido contra los diarios neo-católicos y absolutistas; pero póngase La Epoca la mano sobre el corazón y díganos si no son los órganos del gobierno los que se comprometen á menudo ciertos intereses. Tenemos muy presente aquella famosa declaración de La Correspondencia, de que el general V. E. se comprometió á no aceptar la política española el giro que se le antojase, seguro de que no le faltaría el apoyo necesario; y en estos últimos días, la llegada del marqués de los Castillejos ha servido de pretexto para que La Correspondencia, tambien saque á plaza cosas que están fuera de discusión. Natural es que estos esfuerzos hallen imitadores, pues no han de tener los ministeriales el privilegio de cubrirse descaradamente con el manto de ciertas instituciones y vedarse á otros el aludir á ellas.»

«Llamamos la atención de nuestros lectores hacia las siguientes líneas de El Pueblo: «Casi nos atreveríamos á asegurar, si lo aseguramos, que el gobierno español, por delegación (como decimos á los delegados) ha aplicado al representante del reino de Italia en esta corte, que manifieste á su gobierno que si solicita el de Madrid el reconocimiento del reino italiano, lo obtendrá inmediatamente. Segun nuestras últimas noticias, el gabinete de Turin ha contestado á la indicación hecha por su representante en esta corte, que no le parece oportuno dirigir semejante solicitud, y que le es completamente indiferente el reconocimiento del gobierno español. En Inglaterra nos insultan; en Francia nos amenazan; en Italia nos desprecian y en Portugal nos llaman al orden. Viva la diplomacia de la union liberal! Léase nuestro artículo de fondo, escrito antes de conocer las noticias de El Pueblo. Nunca nos han tratado los extranjeros con desden tan soberano, cuando no con tan irritante desprecio.»

Dice La Epoca:

«Muchas cosas hemos leído peregrinas, pero ninguna lo es tanto como la aseveración de El Contemporáneo de hoy, de que mientras en el día no existe política exterior y la España está humillada en todas partes, en el año de 45 levantáramos energicamente la cabeza é influiríamos en los consejos de Europa. Como prueba de esto, cita nuestro colega la espulsion del embajador inglés de nuestra corte y la espulsion del 45 á Italia. No es nuestra intención y nuestro deseo combatir gobiernos, situaciones é hombres públicos que han prestado indudables servicios á nuestra patria; creemos que hicieron cuanto les era dable en la situación á que una serie de desgracias habia traído á nuestra patria; pero como se recuerdan semejantes hechos en presencia de la guerra de Africa, de la anexión de Santo Domingo y de la misma espulsion á Méjico, iniciada por la toma de Veracruz y terminada por un acto de energía, cualquiera que haya sido su consecuencia respecto de una nación extranjera. Si, fuimos á Italia por el Austria y la Francia iban entonces al lado de la España para sostener el pontificado; pero qué papel hicimos allí? Pudimos entrar en Roma? Los mismos consejos constitucionales que El Contemporáneo dice que dimos al rey Fernando de Nápoles, ¿sirvieron de algo? Duró allí mucho tiempo el regimen constitucional que habria salvado la dinastía de las Dos-Sicilias? La historia lo ha dicho ya: nosotros no queremos tener el sentimiento de repetirlos.»

«Si peregrinas le parecen á La Epoca nuestras palabras, mas peregrinos son indudablemente sus juicios: nada dice, porque nada puede decir acerca de la energética y digna conducta observada en 1848 por el gobierno con el representante inglés, y en cuanto á la espulsion á Italia solo dice que no entramos en Roma, suceso que se explica porque las tropas francesas habian convertido en caso de honra la rendición de esta ciudad, y cómo se recue: dan al lado de tales hechos la guerra de Africa, gloriosa para el ejército que representaba á la nación, pero lamentable para el gabinete, que la empezó con el cange de las notas inglesas y la terminó con una paz que fué «menudo epigrafe de brillantes páginas? Otro tanto puede decirse de la espulsion á Méjico, calificada de deplorable por la misma Epoca. Por último, si el rey de Nápoles siguió, olvidando nuestro consejo, la corriente reaccionaria que triunfó en Italia, supimos al menos salvarle de la gran catástrofe del 48, y ahora todo el mundo ha visto lo que ha pasado.»

«Las siguientes apreciaciones no son de ningún periódico radical, sino del Diario de los Debates, órgano del partido conservador liberal en Francia, y que por la importancia de sus redactores puede decirse que es el que dirige estas opiniones en toda Europa. Trasladamos sus importantes palabras á La Epoca, que todavía insiste en creer que los gobiernos de Rusia y Prusia han impuesto y el de Turin ha aceptado, condiciones que invalidan la resolución solemne del Congreso italiano, respecto á Roma y á Venecia:»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

«El Sr. Suarez, gobernador civil de la Coruña, ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica.»

Ragusa 22.—El viernes y el sábado, 50,000 turcos atacaron a 15,000 montenegrinos. Faltos estos de...

detenerse en aquella capital continuó su viaje a Possenhofen. El rey Maximiliano de Baviera, que actualmente reside en el palacio de Berg, quizá ha salido al encuentro del emperador en las orillas del lago de Starnberg...

La seguridad de los demas Estados. No tenemos, pues, dificultad en dar esplicaciones completas sobre los puntos indicados por la Rusia...

El segundo es una nota del general Durando a las legaciones del rey en el extranjero, concerniente a los asuntos de Sarmico, y en la cual el gobierno manifiesta terminantemente que no puede ni quiere tolerar a su lado ni por cima de él ninguna acción ni poder irresponsable...

parece que una señora algo anciana, criada de uno de nuestros mas célebres hombres de mundo, se ha logrado quitar diez ó doce años de encima, volviéndose la cara diariamente con una tintura de salado, invención de su difunto esposo, que al morir pobre la dejó una gran herencia: la de la juventud.

Duelo parlamentario.—El desafío á carbanta propuesto á la Cámara de los lores por la de los Comunes, acaba de verificarse en Wimbledon...

Leemos en un periódico de París: «En una de las callejuelas inmediatas al mercado de San Honorato, y en el último piso de una casa muchas veces centenaria, vive una familia de trabajadores, la cual acaba de verse agobiada por una de esas desgracias que hacen estremecer...

La niña le dijo entonces dónde vivían sus padres, y llena de alegría regresó á su pobre buhardilla. Al día siguiente, al levantarse, encontró delante de su puerta una cesta inmensa llena de ropas de hombre, de mujer y niña, sábanas, azúcar y dinero, todo ello perfectamente cosido. Pegado al paquete había un papel, en el cual se leían estas palabras: Contemplación de Dios...

La empresa del teatro del Circo tiene ya definitivamente arreglada la compañía lirico-dramática siguiente: Señoras: Ramos.—Villó (doña Elisa).—Huetto.—Montañas.—Bigones.—Rodríguez.—Cárdenas.—Santafé y Rojas. Señores: Sanz.—Grau.—Crescey.—Becerra.—Moras.—Fernandez.—Santa Coloma.—Villanova y Soriano...

Ayer al medio día ha habido un incendio en la calle de Cabestros, pero no ha sido de consideración. La célebre bailarina Perea (la Nena) cautiva diariamente la atención de los ingleses en el teatro de Haymarket.

El verano se hace sentir horriblemente en casi todas las provincias de España. Con motivo de haber preguntado muy fresco el Irraca-bat de Bilbao si se sabía dónde andaba el verano, los periódicos de casi todas las localidades dan pelos y señales de él, anadiendo nombres, por ejemplo, los de Córdoba, que allí se ha presentado algunos días acompañado de 41 grados de calor...

Diez un periódico que en la fuente de la calle de Toledo se han apoderado cuatro ó cinco personas de los caños dedicados á la vecindad, para vender á cuatro ó cinco cuartos el cantar de agua, privando á los vecinos que llenen sus vasijas cuando les correspondía, y haciéndoles esperar una hora para realizarlo. Esperamos que la autoridad competente, pondrá coto á este abuso que tanto perjudica á los habitantes pobres de dicha calle...

GACETILLA.

Boletín religioso. Santa Cristina, virgen y mártir.—Nació en Tirc, provincia de Toscana; su padre fue gentil y ministro de los emperadores Diocleciano y Maximiano, y por consiguiente adorador entusiasta de los ídolos. Sin embargo, esta santa mantuvo siempre íntegra su fe católica, y jamás se rindió á las exigencias del que le dió el ser en el orden de la naturaleza...

Primas religiosas. Se gana la indulgencia plenaria de Cuarenta Horas en la iglesia parroquial de San Juan y Santiago, donde por la mañana habrá misa cantada y por la tarde vísperas al santo apóstol y reserva.

JUICIO DE PARÍS de París. En plena mitología está la unión liberal, el Olimpo de su Júpiter en la calle de Alcalá. Ahora se encuentra la unión en el instante fatal...

Cuenta la mitología que á poco, en el arcañal, sufrió París un lanzazo y se fué á la eternidad. No sé yo si en estos mitos que os acabo de narrar, el moderno París rubio la misma suerte tendrá.

Es vergonzoso, incomprensible, indigno de un pueblo civilizado, lo que sucede en las afueras de la corte. Basta pasar una tarde por el puente de Toledo, ó atravesar el campo de Carabanchel ó cualquier otro un poco concurrido, para asombrarse de que en la capital de España se tolere el repugnante espectáculo de ver una infinidad de pobres tullidos, niños desnudos y todo género de mendigos, que asaltan á los transeúntes, y los siguen agobiados con sus quejas, llantos y súplicas...

El Prado está á oscuras, y no por la mala calidad del gas, ni porque los conductos estén obstruidos en parte, sino porque los melcheros se dejan á media luz, sin dudar para que no ofenda á la vista. Esto tiene, entre otras ventajas inestimables, la de dar un solemne mentís á los que dicen que estamos en el siglo de las luces. Además, favorece las aventuras nocturnas, y mejorando el sistema favorecerá también á los ladrones. Conviniere la media luz en cuarto de luz, y los concurrentes al Prado podrían esclamar:—¡Excmo. señor gobernador-corregidor, apague del todo V. E., que nos vamos á Miguelturra ó Alaejos!

Una persona que nos merece entero crédito se ha acercado á nuestra redacción para que pongamos en conocimiento de los empresarios de La Cordobesa un hecho que insertaremos sin comentarios. Dos señoras que salieron de Madrid el día 17, tomaron dos asientos de berlina desde Quintanapalla, punto en que quedaban vacantes. Llegadas á este sitio quisieron ocupar los asientos cuyo importe habían ya satisfecho en Madrid, y el encargado de la administración en dicho punto lo impidió, manifestando que pertenecían á otros dos caballeros que también los habían tomado desde Madrid, y que si querían proseguir su viaje, lo hiciesen en coche, debiendo á la galería de los dos caballeros que habían pagado la berlina como ellas, el no continuar martirizadas el comenzado viaje.

Creemos que con este relato basta y sobra. En plena mitología está la unión liberal, el Olimpo de su Júpiter en la calle de Alcalá. Ahora se encuentra la unión en el instante fatal...

EXTRANJERO.

El general Durando, ministro de Negocios extranjeros del gabinete de Turin, ha anunciado oficialmente á las Cámaras el reconocimiento del reino de Italia por Prusia. El embajador encargado de participar á la corte de Berlin la constitución definitiva del nuevo reino, habrá sido recibido ya á estas horas, y las relaciones reanudadas entre los dos países.

El modo de producirse el general, cabalmente en ocasión en que Napoleón III acaba de hacerse tan gran servicio, influyendo para que Alejandro de Rusia y Guillermo de Prusia reconocieran nuestra independencia, y consiguiéndolo, sería ineficaz si no se considerara antedicha. Medítese, pues, cuanto importa á la alianza de los dos pueblos que combatiéron juntos en 1859 en los campos de Lombardia, resolver pronto una cuestión que debiera ya estar resuelta, que es fácil, con tanto aplazamiento, entibie los amistosos vínculos que unen á Italia y Francia...

El general Durando al conde de Lunay.—9 de julio de 1862.—Muy señor mío: El conde Beassier de Saint-Gimon, al venir á verme comunicación de un despacho fechado el 5 del corriente, por el que el conde de Bernstorff nos da á conocer las nuevas disposiciones del gobierno de S. M. el rey de Prusia relativamente al reconocimiento del reino de Italia...

En esa nota señalábamos á las potencias los peligros que á la Europa está espuesta por efecto de la situación excepcional de aquella provincia italiana, retenida bajo la dominación extranjera. Luego añadimos que las potencias que han creado ese estado de cosas es á quienes toca procurar la solución pacífica de esta gran cuestión. Hay mas: en la prevision del caso en que empresas imprudentes viesesen á formarse, fuera de la acción regular de los poderes constituidos, el gobierno declaraba en la misma nota que se sentía bastante fuerte para impedir que la cuestión del Véneto fuese prejudicada por tentativas encaminadas á turbar el estado actual de las relaciones existentes, y que no se le veria flaquear en su empresa...

lamente con el proceso de irse a Aranjuez...

Ayer quedó en el bolsillo el consolidado a 49-40...

Mercados. En el de granos de ayer se vendieron...

VARIEDADES. TRES FECHAS.

Desde que tuvo lugar la extraña aventura que he referido...

El cielo cerraba de cada vez más oscuro, el aire sopaba...

Contemplé por algunos instantes el sombrío convento...

voz cascada y sorda, que tocaba pausadamente...

Nada más extraño que aquel edificio, cuya negra silueta...

A intervalos, y confundidos con el aturdorido ruido...

Varió de idea, y en vez de alejarme de aquel lugar...

La iglesia era alta y oscura; formaban sus naves dos filas...

Contribuía a dar un carácter más misterioso a toda la iglesia...

Yo también me encaminé hacia aquel sitio con el objeto...

Los sacerdotes, cubiertos de sus capas pluviales bordadas...

El rostro no se le podía ver. Vino a colocarse perfectamente...

Reinó un profundo silencio; todos los ojos se fijaron en ella...

La abadessa, murmurando algunas palabras ininteligibles...

La abadessa tornó a murmurar las ininteligibles palabras...

Y la despojaron de las joyas que le cubrían los brazos...

El esposo mismo aguardaba a la esposa. ¿Dónde? Mas allá...

Desde el fondo del coro con voces planideras y dolientes...

Un año clavado en aquel lugar con los ojos estraviados...

Allí, entre las sombras, vi brillar un rayo de luz; era la puerta claustral...

Di dos pasos adelante; quise llamarla; quise gritar...

—¿La conoces? pregunté.

—¡Pobrecita! Sí, la conocía. Y la he visto nacer y se ha criado...

—¿Y por qué profesas?

—Porque se vivió sola en el mundo; su padre y su madre...

el señor dean le dio el dote para que profesase, y ya veis...

Esta fecha, que no tiene nombre, no la escribí en ninguna parte...

Algunos veces, recordando estos sucesos, hoy mismo, al consignarlos aquí...

¡Oh! ¡Y si ha suspirado, ¡dónde estará ese suspiro!

ESPECTÁCULOS.

TEATRO DEL CIRCO.—Función extraordinaria para mañana viernes...

CHICO DE PRICE.—A las ocho y media de la noche, función en la que...

SECCION DE ANUNCIOS.

Fábrica de pianos y almacén de música de B. Eslava. Travesía de la Parada número 8...

DILIGENCIAS-POSTAS DE LOS FERRO-CARRILES DE MADRID Y PAMPLONA. Servicio diario a Bayona y Zaragoza...

Montepío Universal. Compañía de Seguros Mutuos sobre la vida. Situación de la compañía en 30 de junio de 1862.

Baños de mar del Puerto de Santa María. Los acreditados baños, de los mas antiguos de España...

Al Príncipe Alfonso. Gran bazar de confección. Calle de Preciados, número 3, esquina a la de Tetuan.

Revolver. Gran surtido de las mejores fabricas de Eibar, desde 200 rs. uno arriba...

Crema de vinagre.—Cosmético preferible a cuantos se conocen. Con solo echar un chorrito...

Chocolate de Pamplona. El fabricante de chocolate de la ciudad de Pamplona que remita algunas clases...

M. CASAU, HORBURG FRANCES; construye bormas para aquellas personas que tengan callos, plantillas...

La Nacional compañía de seguros sobre la vida. DIRECCION GENERAL: BRADÓ, NÚM. 19, MADRID.

Al bello sexo.—Depilatorio inglés. Única composición sin arsénico, que hace caer el vello en cinco minutos...

Gran barato de calzados, en la calle de las Infantas, número 20, en la horchetería.—Ha llegado un gran surtido de buenas para señoras y caballeros...

El Sueño de Oro. Comercio de sedas. En este nuevo establecimiento se ha recibido otro nuevo surtido de 4,000 corses a la Emperatriz...

Dirección Central de Negocios. El establecimiento que con este título se halla situado en la calle del Pez, número 23...

INTERESANTE A LOS FUMADORES. CON REAL PRIVILEGIO. PAPEL DE HILO IODU RADO, PARA FUMAR.

Este papel fabricado en Alcoy por los señores Aliot y Lopez, suaviza y mejora notablemente el tabaco...

VERDADEROS POLVOS REFRESCANTES. Estos excelentes polvos refrescantes tienen garantida su bondad con el dictamen de tres profesores a especialmente refrigerantes.

Table listing various items and their prices. Includes Revolvers, Medicine, and other goods with prices in rs. and vn.

BAÑOS DE ALHAMA.—Servicio de coches en combinación con los caminos de hierro desde Medina del Campo a estos baños...